



pidas á los que reclamaban el enjuiciamiento de la princesa (1): «Ved correr de todas las partes del reino á los enemigos del gobierno actual; no será por cientos ni por miles como habrá que contarlos, sino por centenares de miles. Habeis visto, cuando el juicio de los ministros, á París todo enteró sobre las armas, presentando el aspecto de una ciudad que vá á sufrir el asalto? Pues nada habeis visto! Habeis visto los desórdenes de Leon? Nada habeis visto! Habeis visto las escenas del mes de junio? Aun no habeis visto nada!» No recordaremos ninguno de los hechos que siguieron á el armamento de 1832. El papel importante que Madama ejecutó en aquella época, está, digámoslo así, preparado por el resto de su vida.

(1) Era notable tambien el pasaje siguiente en el discurso de M. de Broglie: «El primer acto del poder de que fuimos revestidos, fué un decreto de destierro ordenado contra Carlos X y su familia. Las personas que vieron con disgusto la revolución de julio, dijeron entonces que esta medida era una violacion manifiesta de las leyes. Y bien señores, los que así razonaron, lo hacian con fundamento! Sí, era una violacion! pero estaba justificada por el asentimiento de la Francia entera. El principio que aquí se invoca no es mas santo que otros principios de derecho escrito, igualmente tutelares, que vosotros habeis hecho ceder con respecto á esta familia. No es mas santo que el principio de la libertad individual que habeis atropellado ordenando trasportar á Carlos X y los suyos fuera de Francia; no es mas santo que el principio de la responsabilidad real que habeis olvidado cuando habeis depuesto á Carlos X; no es mas santo que este otro principio de que, ninguno puede ser juzgado sino por una ley dada de antemano; y sin embargo, así lo habeis hecho cuando habeis querido tomar venganza de los ministros de Carlos X. (Discurso de M. de Broglie en la sesion de 5 de enero de 1833.)

Se hizo observar en aquella época á M. de Broglie, que este era el discurso, palabra por palabra, de que se habia servido Robespierre para hacer condenar á Luis XVI.

Aquí está, pues, la conclusion natural de esta historia, que se detendrá en el momento en que se detiene la situacion de que era espresion Madama, cuando se presentó por de pronto en el mediodia y despues en el Oeste.

Esta situacion, ya lo hemos indicado, era la situacion extraparlamentaria de una sublevacion realista en el interior, de una guerra estrangera. El pensamiento de la Duquesa de Berry habia sido combinar estos dos movimientos de manera que sirviéndose del primero se hiciese detener al segundo sobre las fronteras.

Los sucesos probaron que S. A. R. habia tenido el conocimiento político del estado de los negocios. El sitio de Amberes siguió bien de cerca al de la casa de la calle alta del castillo. Estos dos desenlaces cerraban todo un período político, que, comenzando en los primeros dias de la revolucion de julio, duró por espacio de algo mas de dos años, y se terminó en el interior por la captura de Madama; en el exterior por la toma de la ciudadela Holando-belga.

Esta era la marcha natural de las cosas. Lo hemos dicho; las jornadas de julio habian establecido un problema ardiente en Europa; el problema de la revolucion y de la monarquía. Aquella cereanía de principios, que aproxima los reinos á pesar de la distancia de las fronteras, habia sido causa de que, á la caída del trono en Francia, se hubiese seguido un estremecimiento de los tronos europeos. Los reyes pueden ser considerados bajo dos puntos de vista: primero como principes estraños entre sí, mandando naciones diversas, frecuentemente rivales, algunas veces enemigas; segundo, como las personificaciones locales de un gran principio que domina la civilizacion de la época, como una ilustre familia que

BIBLIOTECA ALEJANDRINA  
 U. A. N. E.

concentra en sí la sociedad europea, que tiene una existencia común, un honor común, y cuyos individuos, aproximados por una alta fraternidad social, se encuentran en la magnífica unidad de un dogma político. Bajo este punto de vista, todos los monarcas europeos habían padecido en la revolución de 1830. Ellos no estaban heridos como Austriacos, como Prusianos ó como Rusos, pero lo estaban como reyes.

A pesar de todas las precauciones que pudieron tomar algunos espíritus influyentes, que pusieron en movimiento al rededor de ellos todos los resortes de la acción, á fin de terminar en paz su existencia balanceada por tantas catástrofes, y que adormecieron, si así puede decirse, la situación para que respetase su sueño, hubo expectativa de guerra europea durante los dos años que siguieron á la revolución de 1830, y esta expectativa no estaba aun desvanecida cuando Madama ordenó el armamento de 1832. Entonces solamente, viendo que habían llegado al fondo del problema en el interior, y que le habían resuelto, los hombres que manejaban los negocios pensaron en deshacer á cañonazos aquella negra nube que despues de dos años oscurecía el horizonte en el exterior, y amenazaba cambiarse en una tempestad europea. Es de creer que este atrevido consejo vino de la parte temeraria del gabinete, y M. Thiers, que había ejecutado la captura de Madama, fué probablemente el que propuso la toma de la ciudadela de Amberes. El mariscal Soult fué el hombre de ejecución de este pensamiento, pero tenía demasiada prudencia en su espíritu para haberle concebido. Los doctrinarios que estaban entonces en el poder, tienen audacia en los negocios interiores; pero su timidez es excesiva en todo lo que concierne á lo exterior. Su misión se ejerce á este lado de las fronteras, mas no

se atreve á pasar de ellas. Por consiguiente, según toda probabilidad, M. Thiers fué el que inventó el sitio de Amberes. Estos golpes de audacia son la propiedad de su capacidad política: la revolución hierbe aun en sus pasiones y en su pensamiento.

Esta expedición era bastante grave. Ancona no había hecho mas que desflorar la superficie de la cuestión; aquí se iba derechamente al corazón. Si el pequeño reino edificado sobre estacadas, que se llama la Holanda, conmovia en aquella época los reinos mas vastos y mejor sentados, si Petersburgo, Viena y Berlin por una parte, y Londres y París por otra, tenían los ojos fijos sobre Amberes y sobre el rey Guillermo, era porque Amberes se miraba como una liza en donde iban á combatir dos principios; y porque el rey Guillermo era el campeón del principio europeo. El gabinete del Palacio Real se presentaba armado á pedir las soluciones del problema que hacia dos años agitaba la Europa. La formidable partida que, hasta entonces había asustado á los jugadores, el gabinete del Palacio Real poseido del aventurero genio de M. Thiers, venia á jugarla bajo los muros de la ciudadela de Amberes: el cañon revolucionario iba á decir con su tronante voz: «Xaque á los reyes.»

La Duquesa de Berry había sido aprehendida: la ciudadela de Amberes fué tomada. Habiéndose retirado la Europa del campo de batalla, la campaña de Bélgica no fué la guerra para la Europa, pero fué alguna cosa aun peor. El rey de Holanda recibió la herida menos peligrosa; fué herido de filo; las demás coronas con lo plano de la espada.

Desde entonces todo estaba concluido. La primera fase de la revolución de julio estaba terminada: entrábase, tanto en el interior como en el exterior, en el segundo período, en el período parlamentario para

los partidos, en el período diplomático para los gabinetes. La guerra de cortesías reemplazaba á la verdadera guerra. La colision europea estaba evitada, no por la destreza, no por la habilidad del gabinete del Palacio Real, no porque la guerra no estuviese en efecto en la situación, sino mas bien porque los gabinetes europeos faltaron á aquella situación cuando vino á presentarse á ellos.

Que este segundo período que dura aun en nuestros dias, el período diplomático y parlamentario, haya sido mucho mas provechoso á los dos partidos, esa es otra cuestion. Sin duda importa evitar la guerra, esa gran calamidad social, y los amigos de la humanidad deben felicitarse siempre que la Europa escape de esas terribles convulsiones que arrojan los pueblos unos contra otros en una sangrienta pelea; pero cuando la guerra está en la situación, se trabaja mucho para eludir esta desgraciada necesidad, ó no se compra un estado de paz precario, sino con condiciones ruinosas para todo el mundo.

De la parte de la Europa es el trastorno de todo el equilibrio continental, el sacrificio de las políticas particulares, la aglomeracion de todas las fuerzas en un solo pensamiento y con un solo objeto, la reunion de los gabinetes rivales, y una especie de interrupcion en el sistema político, que es propio á cada gabinete; perturbacion grave, cuyas consecuencias verá este siglo. No hablamos aun de esa lucha entre la monarquía y las revoluciones, que, por continuar en la esfera de la diplomacia, no es menos positiva ni menos seria; lucha en que la Europa monárquica tienela desventaja, porque está aun bajo el golpe del principio de su inaccion en Amberes, y he aquí que asi en el Mediodia como en el Norte, mientras ella negocia, la revolucion puede obrar.

En cuanto al gabinete del Palacio Real, los hombres de que se componia, se encontraron, es necesario convenir en ello, ante una situacion bien difícil despues de las jornadas de 1830. Ellos tenian dos combinaciones que intentar: ó seguir el impulso revolucionario del movimiento que acababa de triunfar, y arrojarse en una guerra general, cuyos resultados podian volverse contra ellos, ó mantener el *Statu quo* europeo y abrigarse bajo los tratados de 1815, de que habian hablado por espacio de quince años con tan soberano desprecio. Excepto el sitio de Amberes, que fué un golpe rápido intentado en el sistema de guerra, se adoptó el segundo plan; y el ministerio de M. Casimiro Perier fué una trabajosa columna construida bajo los tratados de 1815 que amenazaban hundirse.

Los hombres que tomaron los negocios en 1830, cayeron en una de aquellas preocupaciones comunes á todos los hombres. Ellos pensaron en evitar á todo precio la guerra, porque la guerra era el escollo en que la fortuna de Napoleon se habia estrellado. Miraron al juego del imperio para manejar el suyo, y no vieron que si evitaban un peligro era para caer en otro inconveniente.

Las revoluciones ponen en movimiento las pasiones y los espíritus: cuando llegan á estallar esas grandes conmociones políticas, hay un peligro inminente en no abrir una ancha carrera á la superabundancia de fuerza y de vida, que el corazon de la sociedad envia entonces á todas las estremidades del cuerpo social. Las revoluciones son en cierto modo semejantes á aquellas nubes negras que contienen el rayo, y que necesitan un inmenso horizonte. Los hombres de estado de 1830 tomaron la nube, y en lugar de dejarla desarrollarse esteriormente en la atmósfera

de una guerra general, la reconcentraron en las profundidades del suelo, sellándola bajo un sistema de compresion y de *Statu quo*. Principiabase á conocer por la siniestra repetición de furiosas tentativas, que no se habia hecho, obrando así, mas que cambiar de peligros. En vez de tener la tormenta sobre la cabeza, estaba bajo los pies.

Tal es la situación general á cuyo encuentro habia venido la Duquesa de Berry en 1832: tal es la segunda fase, á la que habia resuelto no dejar tiempo de principiar. Habia querido que todas las cuestiones fuesen propuestas y determinadas, porque su espíritu claro, y su caracter firme y decidido, la daban la inteligencia de los inconvenientes que resultan de las situaciones falseadas, y de las cuestiones indecisas. Nosotros no damos aquí sino un juicio político, y miramos las cosas como si estuviésemos á la distancia de un siglo de los acontecimientos que han tenido lugar en 1832. En cuanto á los otros puntos de vista bajo los cuales se puede apreciar la tentativa de Madama, dejaremos hablar á un decidido servidor de la monarquía del 7 de agosto, un hombre, por consiguiente, cuyo juicio no podria ser parcial en favor de Madama, ni su testimonio sospechoso. «Esta muger, esta madre, dice M. de Salvandy en una obra que apareció en aquella época, esta madre ha oido los descontentos de la Francia realista, de la Francia religiosa, de la Francia propietaria, como sobre la roca de la isla de Elba oia Napoleon los suspiros de sus veteranos. Ha contado los intereses quebrantados, los principios desconocidos, las alarmas escitadas hasta en el seno mismo de la opinion constitucional. Ha visto todos los errores de esa multitud de servidores y de amigos de la monarquía antigua, que han sido heridos unos tras de otros; el grande em-

pleado en sus destinos, el par del reino en su dignidad, el funcionario en sus atribuciones, el oficial en la cruz de san Luis, con que la restauracion habia pagado su sangre derramada en Austerlitz. En el destierro el oido recibe todas las quejas, el alma está dominada por los agravios, la esperanza se despierta á todas las desesperaciones. Otro espectáculo la choca al mismo tiempo: ella vé por espacio de dos años consecutivos la sedicion, los desórdenes, la anarquía, bajo todos los pretextos y bajo todas las formas, aterrar con su audacia á todas las ciudades de la Francia; esos azotes renacer sin cesar de sí mismos, desafiar al poder y las leyes, desolar el comercio y la industria; insultar, en fin, por todas partes á la razon, á la paz, á la fortuna y á la gloria de un gran pueblo; y como ella lleva en su bandera un principio de orden, se cree desde luego armada del orden todo entero. Si ella juzga llegado el momento de ofrecer su bálsamo reparador á la Francia fatigada, á quién acusaremos con mas justicia, á su equivocacion y su confianza, ó á nuestras miserias y al partido que las ha ocasionado?»

No añadiremos mas que una palabra: Enrique Dieu-donné no tenia ya padre: el puñal de Louvel se le habia quitado. Madama estaba por lo mismo con respecto á su hijo, en una posición absolutamente excepcional: no solamente era su madre, sino que se persuadió de que debia reemplazar para con él al padre que habia perdido. Así pues, se dedicó á indagar cómo habria obrado el duque Berry en la posición en que ella se encontraba; qué partido habria tomado en iguales circunstancias; cómo habria respondido á las sollicitaciones de los realistas del interior, que invocaban su presencia en el suelo francés: en una palabra, lo que habria decidido, lo que hubiera dicho, lo que hubiera hecho.

Las indagaciones de Madama no fueron largas, ni dudosa la solución del problema que agitaba. Existía una carta del duque de Berry que respondía á todas estas cuestiones de una manera perentoria, carta admirable dirigida por este desgraciado príncipe á M. de Ferronays. He aquí su contenido.

*Hartwell 1809.*

«He recibido tu carta de anteayer, mi querido Augusto. Te doy gracias por tus buenos consejos, y encuentro que tienes bastante razón y sabiduría en todo lo que dices; y lo que yo estimo aun mas, es el hallar en ella una nueva prueba de tu adhesión hácia mí; pero amigo mio, tus reflexiones son demasiado tardías, y demasiado inútiles. Todo lo que me dices me lo he dicho yo ya á mí mismo. Jamás he participado de tu confianza en el éxito de nuestra expedición: creo firmemente que marchamos á la muerte, y esto es lo que hace que yo no quiera detenerme. Tú sabes demasiado, mi querido Augusto, los absurdos que han prodigado con respeto á nosotros: sabes cuanto se nos reconviene no haber combatido con la Vendée, no haber mezclado nuestra sangre á la de aquellos realistas. Es necesario hacer callar la calumnia, y tú eres demasiado amigo mio para aconsejarme lo contrario. Tú conoces mis opiniones sobre la guerra civil, y los que las fomentan: yo me creería traidor al rey, traidor á la Francia, y el mas culpable de los hombres, si, por mi propia gloria, ó por mi interés personal tratase de volver á encenderla, y de repetir en esa fiel Vendée las desgracias que ya fueron el precio de su adhesión á nuestra causa. Pero, puesto que se nos asegura que, cansados de verse oprimidos, los realistas se deciden por sí mis-

mos á volver á tomar las armas, puesto que ellos nos lo hacen decir, y que piden un príncipe, nada me impedirá el reunirme á ellos. Yo combatiré á su cabeza, yo moriré en medio de ellos, y mi sangre, derramada en el campo del honor, empapándose en el suelo de la patria, recordará á lo menos á la Francia, que existen Borbones, y que son aun dignos de ella. Mi viejo Nantouillet, y tú, amigo mio, compartireis mi suerte: yo no os compadezco. Tú serás enterrado á mi lado: este es un medio excelente para cubrir lo que tú llamas tu responsabilidad. En cuanto á tu proposición de ir antes que yo á sondear el terreno y verificar los hechos, carece del sentido común, y me conoces bastante para estar bien seguro de que jamás consentiré que mi amigo se esponga por mí á un peligro que yo no participaría con él.»

Preguntaremos ahora si se vitupera ó se aprueba la conducta de Madama: preguntamos si se comprende la expedición de 1832. Antes de salir de Massa conservaba en su poder esta carta; la consideró como un legado, como un deber que tenia que cumplir sobre el testamento del duque de Berry, y partió para ir á aceptarle en los campos de batalla de la Vendée. No fué culpa suya si no encontró mas que una prisión: Madama habia venido á buscar un suceso ó un sepulcro.

FIN DE LA OBRA.

